La necesidad de un protector dental

El Tuerto

Acabo de hacer el pedido de material fungible para el consultorio, ése que hacemos cada seis meses; y, a pesar de tirarme poniendo crucecitas media mañana, pues que se me ha vuelto a olvidar lo de siempre. Pero de la próxima no pasa, ya verás. La culpa no es sólo mía, que conste, que ya se lo tengo dicho al coordinador del centro de salud, que si se me olvida pedirlo es porque aún no han modificado las casillas de la planilla de los pedidos. Y mira que se lo tengo dicho, pero no me hacen ni puto caso. En la planilla que tienes que rellenar, tienes casillas para pedir las gasas, las jeringuillas, las no-sé-qué, pero justo la casilla que yo necesitaba, pues que no viene. Coño, pues que modifiquen la planilla de una vez, que tienen que poner una casilla más para que podamos pedir protectores dentales. Si, ya sé que las necesidades son infinitas y los recursos limitados, pero hombre, eso cuesta cuatro duros, que no sean tan racas, que eso es una necesidad sentida. En fin, temerán verse desbordados con las demandas que se harían, imagino. Pues mira, que se desborden, pero nos son imprescindibles y nos debe abastecer la misma Administración para la que trabajamos de lo necesario para nuestra propia salud laboral. Y eso, lo es. O sea, que a repartir protectores dentales a los médicos. Al fin y al cabo, pura prevención laboral.

Igual que un albañil para entrar en la obra necesita, un suponer, el casco y el cinturón de seguridad, y se los tienen que proporcionar sus empresas, pues al médico del Sistema Nacional de Salud que le doten de un buen protector dental me parece de pura lógica. Sí, hombre, sí. Un protector dental de esos es imprescindible. Bueno, a unos, más que a otros, de acuerdo. Me refiero a uno de esos que te pones entre los dientes y muerdes, de silicona blandita, ya me entiendes, como los de los boxeadores, porque es que a este paso nos quedaremos sin dientes cualquier día. No, no es para protegernos de los golpes, no seas mal pensado, sino para evitar que se nos caigan los piños de tanto rechinar diente con diente cada vez que nos llega una nueva hojita para rellenar de la Administración. Claro, yo como me lo tomo en serio, y me pongo que no veas, pues cada día me van quedando menos dientes de tanto rechinarlos. Pero los hasta ahora perdidos, lo son con honor. Porque, como decía Don Quijote, creo, "las heridas recibidas en ciertas batallas, lejos de un deshonor, son una honra". Pues eso.

Por ejemplo, esta mañana, sin ir más lejos, debían haberme dado en administración el protector dental, preventivamente, al entregarme las 37 hojas de marras, porque sabían de sobra lo que me iba a pasar. Y claro, nada más que las vi... a rechinar diente con diente.

No era para menos, ya verás que te cuente, porque en esas hojas que me dieron viene el listado de mis pacientes, uno a uno, con su nombre y apellidos, su código de identificación personal y su fecha de nacimiento, seguidos de un montón de celdillas, de esas de verificación, exactamente 25, para que señale en qué grupo incluyo a cada uno de mis pacientes. Lo que yo, teórica y obligadamente, tengo que hacer es, uno a uno, marcarlo como a una res, de momento sólo sobre el papel, para que la administrativa pase esos datos a su ordenador, y de allí vayan a la gerencia, vía Intranet, donde cada cual quedará encasillado y etiquetado, para lo que convenga en el futuro. De momento, no me han exigido que los tatúe con un código en el antebrazo, alfanumérico, de ésos tipo nazi a judío, algo es algo; pero sólo de momento, porque, a este paso, todo llegará. Sólo es cuestión de tiempo.

Y, bueno, pues que tengo que marcar al que tenga VIH-SIDA, cáncer de endometrio, cáncer de mama, diabetes, EPOC, alcoholismo, sea enfermo terminal, tenga hipertensión, esté inmovilizado... Eso entre otras lindezas. ¿Qué te parece? Divertido, ¿no? Pues a mí, ni puta gracia que me hace, ya ves. Claro, que no lo haré. ¿Lo dudas?

Recibí, educadamente, las planillas de manos de la administrativa mientras otros compañeros estaban ensimismados por allí, sentaditos ellos, haciendo crucecitas cumplimentando las suyas. Pasados no más de veinte segundos, el despacho de la administrativa se transformó, como por encanto, te puedes imaginar, en una especie de plaza de toros, donde mientras unos miran y otro torea, al que le acaban de poner las banderillas brama. En este caso el que bramaba era yo, una vez más. Y no sólo bramaba, eso sí, educadamente, sino que además escarbaba, me revolvía y tiraba unos derrotes que para qué las prisas. De repente eché en falta el protector dental. Me tuve que tranquilizar, más que nada para que no se me fueran los incisivos inferiores a hacer puñetas, que si me los tengo que poner después me valen una pasta. Y además, porque teniendo razón en el fondo, no es cuestión de perderla por las formas. O sea, que hice exactamente lo que el año pasado y el anterior y el anterior. O sea, que rompí con tranquilidad, sorna y regodeo, el tocho de las planillas en cuatro trozos y, educadamente también, se los entregué a la administrativa, encantadora por cierto, para que se los hiciera llegar en mi nombre a la Gerencia, junto con mi negativa a seguir sus instrucciones.

No pasa nada por hacerlo, al menos a mí no me pasa nada, porque como ya me conocen y saben que entre mis múltiples defectos está el de ser en eso más terco que una mula, pues hoy por hoy evitan cualquier enfrentamiento al respecto y me toleran mis bravuconadas con resignación. Pero les jode, vaya que si les jode, porque se saben impotentes de convencerme de lo contrario. Ellos, con tal de que no intente soliviantar al resto de los compañeros... Pues, vana condición, porque acto seguido eché un mitin allí mismito, que ríete tú del loco ese que el otro día estaba subido a un banco de la Plaza Mayor de Salamanca, megáfono en mano, echando su encabronada perorata contra la globalización, que se lleva mucho, a los que por allí pasaban. Pobrito, que nadie le hacía caso. O sea, como a mí. Ya somos dos, cada loco con su tema.

Y vana pretensión la mía, porque más de la mitad de los allí presentes siguieron a lo suyo, insensatos, *marcando* a sus pacientes de por vida. Eso sí, luego más de uno me abordó aparte: "si tienes más razón que un santo, tío, pero qué más da, si luego estas planillas las dejarán en cualquier cajón sin más, si no les van a valer para nada, si es papeleo por papeleo...".

¡Qué pena! ¡Ostras, qué pena, tú! Pensar que cuando terminé la carrera busqué el pueblo más lejano a un hospital adrede, para hacer medicina rural de la de verdad, de la de toda la vida, con las carencias de entonces, sí, pero con dignidad... Debo de ser más raro que un conejo a cuadros. A veces, cuando ese presentimiento me sale del alma y se me sube a la cabeza, pienso si merece la pena pelear o no. Porque sé que luego van por mí con saña y con artimañas, chantajeando. Me tiene sin cuidado, que llevan yendo años por mí. Me resbala. No se trata de eso, que al fin y al cabo no son más que unos mandaos. Lo triste y lo doloroso es que compruebo cómo día a día cada vez somos menos los que vamos quedando con reflejos, capacidad y decisión de protestar, de decir no, de ponernos de pie, de manifestar sin tapujos nuestra oposición frontal a algunos métodos del sistema para el que trabajamos. Que estamos hartos de que se nos pida patear la dignidad y la confi-

dencialidad que debemos a nuestros pacientes y su derecho y nuestra obligación a guardar el secreto profesional. Y que estamos hartos de ver a montones de compañeros que obedecen como borregos y se pasan sus obligaciones éticas y los derechos de sus pacientes por el arco del triunfo sin pestañear, sin tan siquiera pararse a reflexionar, "porque para eso nos pagan". Pues no señor, estoy trabajando por y para la Sanidad Pública de toda la vida y cobro por ello, pero aplicando, en lo que alcanzo, la sensatez y la cordura a mi trabajo, que no pasa precisamente por trabajar genuflexo ante las demandas que considero incorrectas de la Administración que me paga. NO-ME-DA-LA-GANA. Punto.

¿Qué derecho tiene a pedirme relación nominal? Ninguno. Yo se la comunico numérica desde siempre, que ésa sí que tiene derecho a pedírmela; pero, ¿nominal? ¡Ni de coña! ¿Quién soy yo para comunicar a la Administración que un paciente concreto es alcohólico, o que tiene un cáncer de tal o cual sitio, o SIDA, o...? Porque, ¿cuáles pueden ser para él las consecuencias de todo tipo que se pueden derivar de lo que yo, por escrito, manifieste? En nada variaría su atención o su tratamiento, ni le supondría ventaja alguna.

Más de una vez, cuando flaqueo (que también), me leo una de esas historietas de Astérix para que me levante la moral, cuando afirma, guasón él, eso de "están locos estos romanos" ante sus posturas que considera descabelladas e incomprensibles. Aunque luego, a veces, sólo a veces, me puede la tristeza al pensar que, como Astérix y los suyos, los médicos que así pensamos y que estamos dispuestos a montar la gresca correspondiente, somos un pequeño reducto de supervivientes, que se reduce día a día. ¡Qué pena!

Pues hasta el final, hasta que quedemos tres y el de la guitarra, yo seré uno de ellos. Y tú, ¿por qué no? Pelea, colega, pelea, que tienes toda la razón de tu parte, que te debes a tus pacientes, que confían en ti, que saben que te partirás la cara por defender sus derechos. No los vendas, no los dejes desamparados, impide que sean carnaza de la estúpida burocracia. Datos numéricos, los que quieran. Nominales, ni uno. Y no olvides que tú también algún día serás un paciente más. Para entonces, espero que no te toque de médico de cabecera un compañero de ésos, colaboracionista y descerebrao, pirradito por contribuir a lo absurdo y a lo inmoral.

Hace ya un tiempo me sorprendió un paciente colostomizado que acudió a mi consulta con folletos comerciales para que le ayudara a elegir qué bolsa de colostomía utilizar. Me extrañó, porque los médicos hospitalarios ya le habían prescrito una concreta. Luego me contó: y es que su casa, en las dos semanas siguientes al alta, se convirtió en lugar de peregrinación de representantes de laboratorios, que le presentaban sus productos para convencerle de la necesidad de utilizar la bolsa de colostomía que cada cual comercializaba. Y a él, según me dijo, todo aquello le confundía. Sentí tanta vergüenza, sentí tanta rabia... ¡Diossssssss! ¿Cómo se habrían enterado de su diagnóstico y de que utilizaba bolsas de colostomía? ¿Dónde consiguieron esa información, su nombre, su domicilio, su...? Claro que la monté. ¿Qué esperabas? Y eso no puede ni debe volver a repetirse. Por mí no.

Actúa en conciencia y que cada día, cuando pongas la cabeza en la almohada, te sientas contento y feliz por tu labor profesional bien hecha. Ése es mi deseo, tanto para la Navidad de 2004, que ya se acerca, como para el resto de 2005, junto con mi enhorabuena por tu decidida y activa militancia en favor del derecho a la intimidad de tus pacientes. Cuento contigo en ello.

¿Más razones? Defendiendo la suya de hoy, defiendes la tuya de mañana.

Oye, una idea: y si la Administración te niega el protector dental, pues pídeselo a los Reyes Magos, que aún estás a tiempo.

Correspondencia: eltuerto@semg.es